

Desdenes?... Si estuvieran enterados me llamarían Doña Desdeñada, con mayor razón.

ESCENA XIII

ISABEL, PEPITA *por el foro. Después* RODRIGO y GONZALO, *por la izquierda.*

PEPITA.—Cuando dispongas. Ya está preparado el café y los refrescos en la terraza.

ISABEL.—Pues ahora mismo.

RODRIGO.—¡Pepita!

PEPITA.—¿Qué, hombre, qué?

RODRIGO.—Hace un siglo que no la veo a usted.

PEPITA.—¿Pero es que no va usted a dejarme ni un minuto?

RODRIGO.—Ni uno. ¡Y poco satisfecho que voy a estar yo pasado mañana, cuando usted siga diciéndome que no la he dejado ni un minuto!

PEPITA.—Ya será algo menos.

RODRIGO.—¿En qué íbamos antes?

PEPITA.—¿De nuestra conversación? Usted en adorarme.

RODRIGO.—Buena memoria.

PEPITA.—No dice usted otra cosa.

RODRIGO.—Ya las diré.

PEPITA.—Si le dejan.

RODRIGO.—Y va usted a ser conmigo la mujer más feliz de este mundo.

PEPITA.—Claro, ¡como usted vale tanto!...

RODRIGO.—Para valer algo no es preciso valer nada: basta y sobra con que los demás lo crean. En la imaginación de usted, póngame usted encantos y seré encantador.

PEPITA.—Usted, ni con eso.

RODRIGO.—Pruebe usted a ver.

GONZALO.—Le juro a usted que es verdad... Por nadie he sentido la admiración que por usted...

ISABEL.—Es usted muy amable.

(Apartándose.)

Le veo a usted muy amartelado, Rodrigo.

RODRIGO.—Un puro almíbar, señora. Me envuelve usted en un papelito, me regala usted y comen caramelo.

PEPITA.—Regálalo.

RODRIGO.—Lo dice, pero no lo siente.

PEPITA.—*(Burlona.)*—No...

RODRIGO.—Yo soy de los que no pierden nunca las esperanzas.

PEPITA.— Me parece que usted ha perdido muchas cosas.

RODRIGO.— Bastantes; pero...

PEPITA.— Un cariño lo hace olvidar todo.

ISABEL.— En algunas personas, sí; en otras es al contrario. Necesitan olvidarlo todo para ir a ese cariño.

PEPITA.— ¿Por quién lo dices?

ISABEL.— Por cualquiera, no siendo por ninguno de los presentes.

RODRIGO.— ¡Olé!

PEPITA.— ¡Olé! Pero si te hiciera tu retrato un francés, no te ponía la navaja en la liga, sino en las palabras.

ISABEL.— Las palabras son voladoras, no dañan.

PEPITA.— A veces.

ESCENA XIV

DICHOS: *el TENIENTE CORONEL y MATÍAS, por la izquierda, con SEBASTIÁN.*

TENIENTE CORONEL.— La buscaba a usted, Pepita.

PEPITA.— ¿A mí?

TENIENTE CORONEL.— Quiero rogarle, por todos, que nos permita usted aplaudir en esas danzas y en esos cantos...

PEPITA.— Lo hago muy mal; pero sin hacerme de rogar. Ahora, cuando pasemos a la terraza.

TENIENTE CORONEL.— *(Después de inclinarse agradeciendo a Isabel.)*— Es adorable.

RODRIGO.— A todos dice usted que sí...

PEPITA.— Porque saben lo que piden.

RODRIGO.— ¿Y yo no?... ¡Injusticia más grande no se comete con nacido!...

SEBASTIÁN.— Rectificará, seguramente.

ESCENA XV

DICHOS y SARGENTO, *por la derecha.*

SARGENTO.— *(Entrando rápido.)*— ¡Ya estoy!
(Parando en firme y cuadrándose.)

¿Se puede?

GONZÁLEZ.— ¿Hay novedad, Sargento?...

SARGENTO.— Sin novedad, mi teniente.

GONZÁLEZ.— *(A Rodrigo.)*— Sin novedad.

RODRIGO.— *(A Matías.)*— Sin novedad.

TENIENTE CORONEL.— *(A Isabel.)*— Sin novedad.

SEBASTIÁN.—Ninguna; hablábamos de cosas muy sabidas.

TENIENTE CORONEL.—Puede usted retirarse, Sargento.

SARGENTO.—A la orden de usted; mi Teniente Coronel. El señor capitán me dice que le ha parecido ver bultos en lo alto, y por si acaso, mandó unos hombres a reconocer terrenos...

TENIENTE CORONEL.—¿Tendremos fiesta?

ISABEL.—*(Aparte al Teniente Coronel.)*—La prepara el señor capitán...

TENIENTE CORONEL.—Dígale usted que vigile, y cuidado con ver visiones, ¿eh?... Puede usted retirarse, Sargento.

SARGENTO.—*(A quien Isabel hace señas de que no se vaya.)*—A la orden de usted.

ISABEL.—¿Vamos a la terraza?

TENIENTE CORONEL.—Vamos. Sargento, puede usted...

SARGENTO.—Ya estoy marchando, ya.

ISABEL.—Pronto descubre el juego ese señor capitán...

TENIENTE CORONEL.—Pero ya lo hemos conocido.

ISABEL.—Es gana de mortificar a la pobre Pepita.

ESCENA XVI

SARGENTO *solo*; luego PÉREZ, *por la izquierda*.

SARGENTO.—¡Puede usted retirarse, sargento! ¡Puede usted retirarse, sargento! Pero, señor, si yo no puedo retirarme, que tengo mis negocios que resolver. ¡Los tenientes coroneles no reflexionan nada, hombre!...

PÉREZ.—La señora, que no se marche usted.

SARGENTO.—Esperando estoy. Ya le comprendí los guiños. Y eso que el Teniente Coronel me mandó retirar... Pero si le pide a usted un favor una mujer, aunque le conste que ha de traerle un disgusto luego... ¿qué demonios va usted a hacer con una mujer?...

PÉREZ.—Lo que usted habrá hecho.

SARGENTO.—Eso. Obedecerla. Y ponga usted que esa señora es una preciosidad de cualquier lado que usted la mire. Y ponga usted, además, que esa mujer lleva un traje... y que ese traje no se ve apenas. ¿Y qué hace usted?

PÉREZ.—Obedecer.

SARGENTO.—Pues eso. Y que le venga a us-

BIBLIOTECA ALFONSO X
UNIVERSITARIA

ted el Teniente Coronel con que usted se retire... ¡Es pedir demasiado!

PÉREZ.—Y aguarde, que vendrá en seguida.

(*Mutis Pérez por la derecha.*)

ESCENA XVII

SARGENTO; PEPITA, *por la izquierda.*

PEPITA.—Señor Sargento...

SARGENTO.—Otra...

PEPITA.—(*Muy salamera.*)—¿Iba usted a salir?

SARGENTO.—No, señora. ¿Quién sale ya de aquí?

PEPITA.—Si no le molestara a usted mucho, quisiera pedirle un favor.

SARGENTO.—¡Madre de Dios! ¡Los favores que yo voy a hacer esta noche! ¿Se puede decir que es usted guapa?

PEPITA.—Mintiendo.

SARGENTO.—Pues allá va esa mentira. ¡Pida usted, señora guapa!

PEPITA.—Me llamo Pepita.

SARGENTO.—Es igual. Se llama usted otro nombre cualquiera y estamos en lo mismo.

PEPITA.—Pepita Jiménez.

SARGENTO.—Bueno, bueno. No ponga usted más dificultades.

PEPITA.—¿Quiere usted decir al capitán Valle...?

SARGENTO.—(*Desesperado.*)—¡Todas para el capitán! ¡Qué desgraciados somos los sargentos! ¡Y pensar que el cabo García habrá encontrado ya madriguera, y que yo, un superior, estoy haciendo el eco de los salones nada más!...

PEPITA.—¿Quiere usted oír?

SARGENTO.—Sí, señora.

(*Indignado.*)

PEPITA.—Dígale que los señores oficiales me pidieron que cante y que baile un poco; que yo tendría mucho gusto en que viniera a verme, y que aguardo por él para empezar...

(*Marcándose un baile lento.*)

SARGENTO.—(*Inmóvil y espantado.*)—¡Quieta!

PEPITA.—(*Si guiendo.*)—¿Eh?

SARGENTO.—¡Quieta!

PEPITA.—Dígale que, para animarme, tengo ya una copita de champagne en el cuerpo.

SARGENTO.—Se ve la botella.

PEPITA.—Y dígame que si viene, como a él le gusta el baile hondo, por lo hondo soy capaz de arrancarme...

(*Marcando.*)

SARGENTO.—¡Quieta!

(*Pepita se recoge algo la falda.*)

¡Quieta!... que no puedo atender a tantos lados y se me va la comisión a la cabeza.

PEPITA.—(*Coqueteando.*)—¿Lo hará usted?

SARGENTO.—Sí.

PEPITA.—¿En seguida?

SARGENTO.—Sí.

PEPITA.—¡Gracias!

SARGENTO.—Sí.

PEPITA.—Y adiós.

(*Mutis lento y coquetón por la izquierda.*)

SARGENTO.—¡Ni saliva me queda para un discursillo!

ESCENA XVIII

SARGENTO; ISABEL, *por la derecha*; SEBASTIÁN, *por la izquierda.*

ISABEL.—¡Sargento!...

SARGENTO.—(*Yendo a ella.*)—Doña Isabeli...
(*Interrumpiéndose, porque Isabel le hace seña de que se calle porque entra Sebastián.*)

SEBASTIÁN.—Sargento...

SARGENTO.—(*Desesperado.*)—Y disimule usted ahora...

SEBASTIÁN.—¿En dónde está usted?

SARGENTO.—¡En el limbo!

(*Fuerte.*)

Aquí...

(*Acercándose a Sebastián.*)

SEBASTIÁN.—(*Dándole los billetes.*)—Tome. Y que no se entere nadie.

SARGENTO.—¡Nadie!

SEBASTIÁN.—Ni la tía Isabel.

SARGENTO.—¿Ni la tía Isabel? ¡Pues ni la tía Isabel!...

SEBASTIÁN.—Y eso que ella es...

SARGENTO.—(*Interrumpiéndole.*)—¡Calle!

SEBASTIÁN.—Es...

SARGENTO.—(*Tapándole la boca.*)—¡Calle!
(Este va a decir una o dos y se van a armar dos o tres...)

SEBASTIÁN.—¿Por qué he de callar?

SARGENTO.—¡Pues dígalo y reviente!

SEBASTIÁN.—Es tan buena y tan afectuosa, que puede confiársele cualquier secreto.

SARGENTO.—(*Respirando, al ver que no metió la pata.*)—¡Uf!...

SEBASTIÁN.—¿Cómo ha dicho usted?

SARGENTO.—(*Al oído, pero alto.*)—Que ¡uf!...

SEBASTIÁN.—¡Ah!

SARGENTO.—Y vaya usted con Dios.

SEBASTIÁN.—Adiós y gracias.

SARGENTO.—Lo mismo digo.

(*Mutis Sebastián por el foro.*)

ESCENA XIX

ISABEL y SARGENTO.

ISABEL.—(*En la puerta, escuchando.*)—¿Qué es eso? ¿Alguna carta?

SARGENTO.—Una carta: eso es.

ISABEL.—¿Para alguna novia? ¿En Pamplona?

SARGENTO.—En Pamplona: eso es. (¡Estas señoras tan mandonas no le dejan a uno ni mentir, porque ellas dan las mentiras arregladas!)

ISABEL.—¿Averiguó usted? ¿Y qué pasó?

SARGENTO.—Pues... pasamos un rato calladitos. Cada vez que iba a hincarle el diente... «¡Cállese usted, sargento!»; y el sargento, claro, a callarse. Conque al fin, viendo que por rodeos no llegábamos a nuestra historia, me quedé mudo, y como si trajinara con mis pensamientos, me puse a suspirar...

(*Suspira.*)

¡Parece que eso lo hago bien: ya ha caído más de una con los suspiritos en tres tiempos!... Mire usted, estando en Jerez...

ISABEL.—Al caso, Sargento, al caso.

(*Dulcemente.*)

SARGENTO.—Ponga usted que no hay Jerez. El caso fué que nuestro hombre entró por uvas... vamos, que se coló; vamos, que...

ISABEL.—Ya entiendo; siga.

SARGENTO.—Y cuando yo le dije, para rematar mi cuento: «A esa mujer no la olvidaré jamás!», y en seguida le largo un suspiro... se le encandilaron los ojos, me cogió de una hombrera y me dijo: «¡No seas animal, Pablo!» (Yo me llamo Pablo, para servirla); lo de animal lo añadió él porque le dió la gana. «No seas burro, que no hay mujer que lo merezca, y todas son unas.»

ISABEL.—¿Unas traidoras?

SARGENTO.—Ni consonante es, pero bueno... ¡unas traidoras!... Pero mi opinión es que el capitán sigue loco perdido por esa persona.

ISABEL.—¿De veras? ¿De veras?

SARGENTO.—Certificado no tengo, pero como si lo tuviera. Cuando lo he dejado quedaba suspirando, bastante peor que yo, y usted disimule la vanidad, y entre hipo y más hipo, decía... «¡Isabel... Isabell...» ¿Sabe usted que es coincidencia?

ISABEL.—¿Cuál?

SARGENTO.—El nombre, el nombrecito, señora. ¡Irse a llamar lo mismo que usted!... Otro creería...

ISABEL.—¡Sargento!

SARGENTO.—Pero yo no lo creo. A la orden, paisana.

(*Mutis por la derecha.*)

ESCENA XX

ISABEL y GONZALO, *por la izquierda.*

ISABEL.—(*Muy contenta, bailando de gusto.*)—¡Tenía que ser! Engañan los ojos, engañan los sentidos... pero el corazón no engaña... Su voz es de verdad... por eso lo oímos tan poco... Santiago me quiere... ¡Tenía que ser!...

(*Brincando.*)

¡Y es!... ¡Y es...! ¡Y es!...

GONZALO.—Venía a buscarla a usted para mí rigodón; ¡pero veo que el baile es aquí!

ISABEL.—En donde usted quiera.

GONZALO.—Creo que hace usted mal en dejarme a mí que elija el sitio.

ISABEL.—(*Seria.*)—¿Por qué?

GONZALO.—Porque yo no la soltaría a usted jamás de mi brazo.

ISABEL.—(*Sonriendo y sin ocultar su ale-*

gría.)—Llegaría a ser molestó para los dos... aunque por el momento una dulce presión fuera deliciosa...

GONZALO.—(*Asombrado, pero entusiasmándose.*)—Decían que era usted insensible.

ISABEL.—¿Yo?

GONZALO.—¿Comprende usted la amorosa presión?...

ISABEL.—Sí.

GONZALO.—¿El encanto de un cariño?...

ISABEL.—Sí.

GONZALO.—¿La dulzura de esperar, de que llegue y de saborearlo?...

ISABEL.—Sí, sí...

GONZALO.—¡Gracias, Isabel, gracias!

ISABEL.—¿Por qué?

GONZALO.—¡Nunca pude sospechar la inmensa felicidad de que usted me quisiera!

ISABEL.—Y debe usted continuar sin sospecharlo.

GONZALO.—¿No me quiere usted?

ISABEL.—No.

GONZALO.—Pero usted dijo que comprendía...

ISABEL.—Y sigo comprendiendo: lo que no sigo ni empiezo es a practicar...

GONZALO.—(*Despechado.*)—Conmigo.

ISABEL.—Muy agradecida y estimando mucho su afecto...

GONZALO.—No añada usted la burla...

ISABEL.—¡No!

GONZALO.—Como la merezco...

ISABEL.—No. Seamos buenos amigos... ¿Quiere usted?...

GONZALO.—(*Ya dueño de sí y cortés.*)—Es una aproximación... ¡Acepto gustoso!

(*Sedan la mano afectuosamente.*)

ESCENA XXI

DICHOS: PEPITA, *el* TENIENTE CORONEL, SEBASTIÁN, MATÍAS y RODRIGO, *por la izquierda.*

PEPITA.—Isabelita, que estamos aguardando por ti.

TENIENTE CORONEL.—(*Por Pepita.*)—Va a lucir sus habilidades.

PEPITA.—Algunas.

ISABEL.—Para que fueran todas habría que mirarla constantemente.

PEPITA.—(*Haciendo una reverencia de gra-*

itud.)—¡Y no llegan a la décima parte de las tuyas!...

(Isabel contesta con otra reverencia.)

TENIENTE CORONEL.—*(Aparte a Rodrigo.)*—
Son dos amigas entrañables.

RODRIGO.—¿Usted cree...?

TENIENTE CORONEL.—Me consta. Diga usted que no puedo hablar.

RODRIGO.—Pues no se le nota a usted afonía.

TENIENTE CORONEL.—Es un secreto...

PEPITA.—*(A parte a Isabel.)*—¿Qué te pasa?

ISABEL.—Nada.

PEPITA.—Algo.

ISABEL.—No.

PEPITA.—¡Vaya!

ISABEL.—¿Por qué te lo figuras?

PEPITA.—Se aproxima la hora de amanecer y quizás hoy tenga capricho el sol de asomarse por mis ojos...

ISABEL.—*(Burlona.)*—Es posible.

ESCENA XXII

DICHOS: *el SARGENTO por la derecha.*

SARGENTO.—*(Entrando rápido.)*—Mi Teniente Coronel... el capitán Valle me manda a prevenir a usted que en lo alto de la montaña y hacia la carretera han visto bultos sospechosos.

(Pepita y los oficiales se agolpan, quedando aislada Isabel.)

TENIENTE CORONEL.—¿Muchos?

SARGENTO.—Bastantes. Teme que sea la partida esa.

(Isabel se ríe. Todos se vuelven hacia Isabel, sorprendidos.)

TENIENTE CORONEL.—*(Acercándose y con algo de reproche.)*—Señora...

ISABEL.—*(Aparte al Teniente Coronel.)*—Ya cumple su promesa el señor capitán...

TENIENTE CORONEL.—¿Usted piensa que...?

ISABEL.—Que alguien habrá pasado por el camino, lo que no es nada inverosímil, y que el capitán aprovecha la ocasión para privarnos

de la compañía de ustedes. Ya se lo advertí a usted.

TENIENTE CORONEL.—Sargento. Digale usted al capitán Valle que cuando quiera algo de mí que venga él mismo a decírmelo.

SARGENTO.—Es que...

TENIENTE CORONEL.—¿No lo ha entendido usted?

SARGENTO.—Sí, señor. A la orden de usted.

(Mutis por la derecha.)

ESCENA XXIII

DICHOS, *menos el SARGENTO.*

ISABEL.—Sería absurdo que unos cuantos hombres se atrevieran con ustedes.

TENIENTE CORONEL.—Frente a frente, claro que no.

ISABEL.—Oigamos a Pepita y luego no olvide usted que hemos de dar una vuelta de vals.

TENIENTE CORONEL.—¿Usted no se fatiga, señora?

ISABEL.—Al empezar, nunca. Al concluir, siempre.

TENIENTE CORONEL.—Como yo.

ISABEL.—Coincidimos. Vamos, Pepita.

PEPITA.—*(Saludando militarmente.)*—A la orden.

TENIENTE CORONEL.—*(Ofreciendo el brazo a Isabel.)*—Es adorable... y se necesita todo el poder deslumbrador de usted para eclipsarla.

ISABEL.—*(Coqueteando.)*—¿Tengo tanto?

TENIENTE CORONEL.—Enorme, Isabel, enorme.

ESCENA XXIV

DICHOS: SANTIAGO *por la derecha.*

SANTIAGO.—*(Rápidamente y cuadrándose.)*—Perdón, señoras. Mi Teniente Coronel: que es verdad, que intentan una sorpresa.

TENIENTE CORONEL.—Dispense usted, Isabel. Vamos, señores, ¡vamos!

(A Rodrigo.)

Avise usted a los demás.

(A Matías.)

Que toquen botasillas... Vamos, vamos...

(Mutis Rodrigo por la izquierda y todos por la derecha.)

SEBASTIÁN.—(*Cogiendo a Santiago.*)—¿No entrarán aquí?

SANTIAGO.—No hay cuidado.

SEBASTIÁN.—Y que lo haya, ¡mejor! Voy a organizar la defensa del castillo.

SANTIAGO.—¿Qué castillo?

SEBASTIÁN.—Este. ¡Y veremos si se atreven!

ESCENA XXV

ISABEL, PEPITA y SANTIAGO

PEPITA.—(*En la puerta derecha; a Santiago, que va a salir.*)—¿Se marcha usted?

SANTIAGO.—¡Claro!

PEPITA.—(*Sonriendo para quitar importancia.*)—Me dió usted palabra de ser mi caballero en el momento de entrar aquí.

SANTIAGO.—No pude pensar en esto.

PEPITA.—Pero yo se la devuelvo antes de que falte usted a ella.

(*Santiago se inclina agradecido.*)

ISABEL.—(*Desde la izquierda, inmóvil.*)—Yo, no.

SANTIAGO.—(*Volviéndose asombrado.*)—¡Isabel!

ISABEL.—Yo no la devuelvo. Salga usted si quiere, pero de mal caballero, de faltador a su palabra.

SANTIAGO.—(*Con ira.*)—¡Isabel!

ISABEL.—(*Fríamente.*)—No.

(*Repitiendo la frase de Santiago en el acto primero y dándole parecida entonación.*)

«Si pongo los pies en su casa le doy a usted mi palabra de honor de que será únicamente para obedecerla, para mirarla y para cortejarla.»

SANTIAGO.—Eso dije, mas...

ISABEL.—Pues eso quiero...

SANTIAGO.—¡Isabel!...

PEPITA.—(*Suplicante.*)—¡Isabel, mujer!...

ISABEL.—Calla tú, que contigo no va ahora. La guerra va entre él y yo; y bien franca es.

PEPITA.—Podéis mataros.

(*Mutis por la derecha.*)

ISABEL.—A eso vamos.

ESCENA XXVI

ISABEL y SANTIAGO.

SANTIAGO.—(*Avanzando hacia ella.*)— ¡No me exija usted semejante locura! ¡El marchar es obligación de honor!

ISABEL.—¿De cuál?

SANTIAGO.—El que juré a mi bandera.

ISABEL.—Y el que me juró usted a mí, ¿no vale? ¿Por qué es mejor uno que otro? Y si no había de ser, ¿por qué juró usted?

SANTIAGO.—¡Por caridad, Isabel! ¡Piense usted que en este momento me juego mi carrera!

ISABEL.—Es poco.

SANTIAGO.—¡Mi nombre!

ISABEL.—Es poco.

SANTIAGO.—¡Me juego la vida!

ISABEL.—(*Volviendo la espalda.*)— ¡Cobarde!

SANTIAGO.—¡Ay, eso no! Jugado va todo y todo va perdido. ¡Me quedo!

ISABEL.—¿Sí?

SANTIAGO.—Sí.

ISABEL.—(*Sonriendo y coqueteando.*)— Capitán Valle... le agradezco a usted mucho que honre mi casa...

SANTIAGO.—(*Desconcertado.*)— ¡Isabel!

ISABEL.—(*Pausa.*)— Vamos... señor capitán, ¿no empieza usted a galantearme?... Pero no esté usted de pie, señor capitán.

(*Se sientan; ella, en seguida. El, después de vacilar.*)

SANTIAGO.— Aunque digan que soy muy fácil para galanterías, tal vez sea más fácil quien lo diga.

ISABEL.— ¡Quizás!

SANTIAGO.— Porque a mí algunas veces me repugnan...

ISABEL.— ¿Sí?

SANTIAGO.— Sí. Y mujeres que las merecen por hermosas, no las merecen por mujeres.

ISABEL.— ¿Sí?

SANTIAGO.— Sí. Y además...

(*Se oye el punto de atención en la corneta de órdenes. Balbuceando.*)

Y además... a... de... más...

ISABEL.— ¿Qué?

SANTIAGO.— ¡Isabel!

ISABEL.— ¿Qué, señor capitán?

(*Se oye el toque de botasillas y Santiago se levanta como por resorte.*)

SANTIAGO.—(*Juntando las manos.*)—¡Por caridad, Isabell!

ISABEL.—(*Levantándose y grave.*)—¿Qué implora usted?

SANTIAGO.—¡Todo! Porque sólo ahora comprendo lo que es el ansia de amor, el sufrir de amor, el odiar de amor...

ISABEL.—(*Sonriendo.*)—¿Odiar de amor?... ¿Y eso qué es?

SANTIAGO.—(*Cogiéndola brutalmente.*)—¡Esto es! Dar la vida y la honra cuando el amor lo pide.

ISABEL.—No, eso no es odiar: es amar solamente. Como yo a ti.

SANTIAGO.—¡Isabell!

ISABEL.—Y el amor no pide humillaciones... ¡Márchate!

SANTIAGO.—Pero dime...

ISABEL.—¡Márchate, márchate!

SANTIAGO.—¿Y tú aguardas?

ISABEL.—Yo aguardo. Marcha ahora.

(*Santiago mutis por la derecha, rápido. Isabel inmóvil, sonriendo.*)

ESCENA XXVII

ISABEL, SEBASTIÁN, PÉREZ, FERNÁNDEZ, *criados y criadas con sables, palos y escopetas.*

SEBASTIÁN.—(*Con un sable.*)—¡Alto! ¡Firmes! ¡Estarse quietos! Uno allí.

(*Todos corren a la derecha.*)

Otros allí.

(*Todos corren a la ventana.*)

Y los demás conmigo. ¡Marchen! Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

(*Mutis todos por la derecha.*)

ESCENA XXVIII

ISABEL y el CABO GARCÍA, *por la izquierda, todo azorado, con el cinturón del sable en la mano y sin casco.*

CABO.—¿Por dónde se sale?... ¿Por dónde se sale?...

(*Isabel le indica la puerta y mutis el Cabo García, corriendo.*)

TELON